

A GUADALAJARA

En el Centenario del Obispo Alcalde.

Ciudad ¿por qué te alegras y engalanas
Con entusiasta ardor, jamás extinto?
¿Por qué lanzas á vuelo tus campanas
Y músicas atruenan tu recinto?

¿Por qué tu noble corazón palpita
Al influjo de gratas emociones,
Y exhalas de tu pecho voz que grita
Hosannas y fervientes bendiciones?

¿Te inspira acaso el esplendor guerrero
De paladín de hazañas nunca vistas,

ARMONIAS FUGITIVAS

Que á tus piés haya puesto el rojo acero
Y ricas y magníficas conquistas?

¿Te humillas del destino ante los fallos
Y del potente el esplendor acreces,
Y entrando en la legión de los vasallos
Con lisonjas pomposas te envileces?

Ah! no, Guadalajara, tu homenaje
El éxito no adora en su entereza,
Que tu espíritu rinde vasallaje
Únicamente á la moral grandeza.

Es que torna á tu mente en este día
El recuerdo de un héroe dulce y bueno,
Que en tu horizonte fué sol de alegría
Y bálsamo dulcísimo en tu seno.

Es que surge otra vez en tu memoria
La figura ideal de un grande hombre,
Y repasas los hechos de su historia
Y te suena cual música su nombre.

¡Y cuán hermoso es solazar la mente,
Olvidando la pena que la oprime,
Y anegarse en la luz resplandeciente
De un pasado tiernísimo y sublime!

¿Y qué puede existir más puro y manso
Que la figura del Obispo augusto,

Que del bien á la obra sin desanoso,
Su vida dió con el afán de un justo?

Vivir entre nosotros aun parece
Y contemplarnos con amantes ojos;
¡Mirad cómo en sus obras resplandece,
Y á sus plantas postrémonos de hinojos!

Tosco sayal, de su piedad indicio,
Ciñe su cuerpo que el ayuno agota,
Mientras hiera sus carnes el cilicio
Y se vierte su sangre gota á gota.

De orar á Dios y trabajar ansioso,
De su propio deleite no se cura,
Y por no afeminarse en el reposo,
Hace su lecho de tarima dura.

En el retiro de su vida austera
Aprende, en Dios el pensamiento fijo,
A ser humilde, de una calavera,
Y á tener caridad, de un Crucifijo.

Esas sus armas son y la potencia
Con que creó tan grandes maravillas;
¡De sus obras soberbias la excelencia
La ejecutó ayunando y de rodillas!

El, que de los trabajos no se exime,
Y de pobreza da tantos ejemplos,

Oh! portento de amor y fé sublime!
Erige á Dios innumerables templos.

Cuando diezmada la ciudad hambrienta
Ayes de muerte lanza de su seno,
Al pueblo inmenso con su pan sustenta
Cual lo hizo Jesús el Nazareno.

Y en medio de la peste asoladora,
Sin temer los horrores del contagio,
Su caridad es arca salvadora
Que impide, sola, el general naufragio.

Per ella alientas, capital famosa,
Por ella esplendes, y al cenit caminas;
¡Sin ese Obispo y su virtud gloriosa,
No fueras ya más que montón de ruinas!

Bien haces en honrarle reverente
Y en bendecir sin descansar su nombre,
Porque nadie con celo tan ardiente,
Te volverá á querer, como ese hombre.

El invadió los fúlgidos espacios
Que estrechos encontraba su impaciencia,
Para erigir espléndidos palacios
A tu miseria y corporal dolencia.

Esos arcos y muros atrevidos
Que de los tiempos burlarán las leyes,

Haber sido parecen erigidos
Para servir de alcázares á reyes.

¡Y allí se albergan sólo el desamparo,
Y el dolor que atormenta la materia!
¡Pero él quiso ostentar lujo preclaro
Para la majestad de la Miseria!

A través de los años, el que gime
Aun con inmensa gratitud le nombra,
Y el hospital que alzó su amor sublime,
Es protegido por su augusta sombra.

Bien haces en honrarle con grandeza
Y en amarle ¡oh ciudad! con arebato,
Que es el nervio del pueblo la nobleza
Y vivir no merece un pueblo ingrato.

Pues que le debes vida y beneficios
Y te miró con caridad tan tierna,
Págale sus fecundos sacrificios
Con grande amor y gratitud eterna.

Lo haces así! . . . Por eso en este día
Dejas tu traje de viuda triste,
Y pruebas, á la luz de tu alegría,
Que amada ser mereces, cual lo fuiste.

Hoy cánticos entonan tus ingenios
Y oradores ocupan tu tribuna:

Honra siempre, oh ciudad, héroes y genios,
Y grande serás tú como ninguna.

Yo contemplo con pecho enternecido
Estos festejos de eternal memoria:
¡Gloria á Alcalde, el apóstol bendecido,
Y á tí, ciudad que le veneras, gloria!

EL HIMNO DEL LABRADOR

Oyendo EL ALEGRE LABRA-
DOR de Schumann.

Ya el gallo se alboriza
En lo alto de la choza,
Y alzando la cabeza coronada
A la esfera aun oscura,
Anuncia con acento de alegría
La próxima llegada
Del radioso, triunfal y nuevo día.

Ya en el redil que acechan lobos fieros
Balan ansiosamente los corderos

ARMONIAS FUGITIVAS

Medrosos y apiñados,
Pareciendo decir: "Oh! sol hermoso
Que con tu luz ahuyentas los cuidados,
Surge por el Oriente presuroso,
Y ven á disipar vuestros terrores
Con la gloria inmortal de tus fulgores."

Ya entre el pardo ramaje
Del rumoroso saucedal del río,
Se oye ruido confuso de plumaje
Y de las aves el alegre pío.
De los nidos calientes á los bordes
Apenas asomados,
Los picos sonrosados
Prorrumpen en dulcísimos acordes,
De fronda á fronda se hablan
Con acentos divinos,
Y cadenciosas pláticas entablan
De arpegios, de gorgeos y de trinos.

Ya discorde y constante
Empieza á resonar el grave coro
Del establo distante.

Melancólicamente brama el toro,
Mientras la vaca con clamor materno
Llama al becerro que la sombra esconde,
Y éste al reclamo de su amor responde
Con acento infantil lloroso y tierno.
Y en la majada de rastrojo llena
Echado el buey de poderoso empuje,
Rumiando aún la cena
Decir parece "es tiempo" cuando muge.

Labradores en pie! Ya el alba empieza
A verter en Oriente sus fulgores,
Y con himno de ruidos y rumores
La saluda la gran naturaleza

Saltando al ver la luz de rama en rama
¡ALERTA! grita con su canto el ave,
Y en el establo con acento grave
La yunta dócil al deber nos llama.

En impalpable y silencioso vuelo
Elévanse al azul tenues vapores,
Mensajeros quizás de los amores
Que ligan á la tierra con el cielo.

Tibio vaho de génesis palpita
Por la extensión extática del mundo,

Y: "¡labradores, quiero ser fecundo!"
El rico seno de la tierra grita.

Volvamos á la tierra su tesoro
Sepultando, con ópimo provecho,
En los húmedos surcos del barbecho
El fruto de la espiga, el grano de oro.

Mientras los pueblos tórnanse rivales
Por quebrantar de la razón las leyes,
Somos los proveedores de los reyes
Y sostén de las villas imperiales.

Del torrente vital que raudo corre
Somos el manantial constante y puro;
Por nosotros se eleva el alto muro
El arco enhiesto y la empinada torre.

Absortos de la vida en los misterios,
Llegan á nuestro oído débilmente
La destrucción de la legión valiente
Y el desplome fatal de los imperios.

Todo lo que destruyen vicio y guerra
Y la indolente ociosidad descuida,
Nosotros, paladines de la vida,
Lo rescatamos de la madre tierra.

Desde la choza hasta el pequeño nido
Todo es murmullo, animación, contento;

Labradores en pie! Llegó el momento
De volver al trabajo interrumpido.

El casto rayo que en la etérea puerta
Como alegre atalaya se divisa,
Con el plácido albor de su sonrisa
Todo á la vida en derredor despierta.

Sed benditas ¡oh ráfagas suaves
De blanca luz del jubiloso Oriente!
¡Y vosotros aromas del ambiente,
Y vosotras también, parleras aves!

Exhala el corazón potente grito
De júbilo al mirar tanta belleza,
¡Bendita la inmortal naturaleza
Y antes que lo creado, el Infinito!

Así de las viviendas campesinas
Donde moran sencillos corazones,
Se alzan á Dios fervientes bendiciones
En horas matutinas.
Y de emoción henchidos
Los pobres labradores,
Al campo salen con la azada al hombro;
Y al contemplar los cielos convertidos
En festín de colores
Y explosión de inefables maravillas,

Llenos de encanto, adoración y asombro
Se postran reverentes de rodillas.
La luz naciente de la rubia aurora
Con sus fulgores las azadas dora,
Y en grupo aquellos hombres congregados
Ante el sol que soberbio se levanta,
Parecen una hueste de soldados
Que van resueltos á la guerra santa.

ALCANZARÉ PERDÓN

Cuando me llame Dios á su presencia
De mi existencia dolorosa al cabo,
Y de mi vida, como juez severo,
Cuenta me pida con semblante airado,

Confuso quedaré. Desnudas de obras
Encontrará mis temblorosas manos,
Y no hallará en mi frente enrojecida
Aurea diadema ni glorioso lauro.

La movediza arena de la tierra
No le señalará mi débil paso,
Como rastro no deja el buque roto
Que en sus ondas sepulta el oceano.

Todo á mi espalda callará. Mi nombre
238

En pos no dejará rumor de aplauso;
Nada grandioso ni brillante hice,
He malgastado mis mejores años.

Pero en mis días míseros y oscuros
Del corazón guardé puro el santuario.
No odié jamás; amé, perdonar supe
Y espero yo también ser perdonado.

Se encuentra de luz y gloria
 Con caracteres escrito!
 Suenas cual bélico grito
 De abnegación y valor;
 Eres varonil clamor
 Que alzado á la inmensidad,
 Significa patrio amor,
 Heroísmo y libertad!

CUAUHTÉMOC

Héroe tal en tí encontré
 La patria en la lucha recia,
 Cuál no los produjo Grecia,
 Como Roma no los vió.
 Tu figura así se alzó
 Del templo de nuestra fama
 Coronando el edificio,
 Y hoy el pueblo que te aclamó,
 Grande en el triunfo te llama
 Sublime en el sacrificio.

Cuauhtémoc, nombre bendito
 Qué en la mexicana historia

AMORES DE NIÑO

¡Qué derroche de ingenuo sentimiento
Hice en mi mocedad, que lloro ausente!
¡Cuántos castillos levanté en el viento
Y cuántas ilusiones en la mente!

La luz, los campos, la radiante esfera,
El florido vergel, el bosque umbrío,
Todo entonces me habló lengua hechicera
Y llenó de emoción el pecho mío.

De lo bello en idólatra converso,
Solté la rienda á plácidos antojos,
Ansiando devorar el universo
Más con el corazón que con los ojos.

ARMONIAS FUGITIVAS

Corona de tan altas maravillas,
Fué la mujer mi encanto soberano,
Y puesto ante sus aras de rodillas
Su belleza adoré como un pagano.

Ferviente sacerdote de las diosas,
A todas les rendí culto de amores,
Cual las leves y aladas mariposas
Vuelan con loco ardor entre las flores.

Amé los ojos de color de cielo
Y del rubio cabello la aureola,
Por eso puse mi ardoroso anhelo
En el amor de Antonia y el de Lola.

Como la noche amé negros los ojos,
La tez morena y la mirada aviesa,
Por eso provocaron mis antojos
Ojos, tez y mirada de Teresa.

Causáronme las unas penas hondas,
Y sufrí por las otras hondas penas,
Que hallaba, si cual ángeles las blondas,
Cual la pasión ardientes las morenas.

Recordando un histórico renombre,
Provoqué de una Elena los engaños,
Y á Rita amé, á despecho de su nombre,
Sólo porque contaba quince años.

Cautivaron mi amor todas las redes,
Y dieron fuego á mi pasión liviana,
Con su traviesa faz Pepa y Mercedes,
Con su apacible faz Rosa y Mariana.

Todas soñar me hicieron á porfía,
Y por todas perdí la blanda calma,
¡Figuras celestiales que veía
A la luz de la hoguera de mi alma!

Y sobrepuestos, locos y en tropeles
Por mi pecho pasaron los amores,
Cual pasan en Abril por los vergeles,
Generaciones de hojas y de flores.

¡Perdón, sombras hermosas y queridas,
Si os hice alguna vez sufrir enojos,
Y por el dardo de mi olvido heridas,
El aljófár brotó de vuestros ojos!

Adoré en vuestra gracia la hermosura
Y amé en vuestra sonrisa el amor mismo:
¡Ternura engendradora de ternura,
Que hubiera dado luz hasta al abismo!

De mí tomasteis bárbaras venganzas
Y nada me debeis, ni nada os debo;
Si alguna vez logré mis asechanzas
¡Cuántas me hicisteis ay! morder el cebo!

Perdonadme si afanes inseguros
Me hicieron ser traidor y desalmado,
Pues por mano gentil de ángeles puros,
Conservo el corazón acuchillado!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCIA
MUSICA

A LUDOVICO GIRAUD (1)

Aun repiten los ecos arrobados
De tu acento las notas melodiosas;
Tus cánticos de amor apasionados
Extienden por los aires todavía
Sus alas cadenciosas:
Y ya la Parca impía,
Cortando el ritmo de tu acento tierno,
Selló tu labio con silencio eterno!

Callas ya; para siempre enmudeciste!
Alzaste el vuelo á la región ignota,

[1] Murió cantando.

Y al mirar tu envoltura inanimada,
Aqueja al alma esa dolencia triste
Que se siente al mirar un arpa rota.
Es como si la alondra en la enramada
Ya no cantase, ni en el bosque umbrío
Resonasen rumores,
Ni murmurase al deslizarse el río
Su queja melancólica de amores.
Artista! alza la frente laureada!
Ya se escucha la dulce melodía
Que te hizo palpar. El aura alada
Vuela llena de encanto y armonía,
Y las notas riétes y llorosas
Se agitan en la atmósfera impalpable
Cual bandada de inquietas mariposas.
¡Alza el acento arpado
A compás de esa música inefable,
Cual un tiempo solías!
Los corazones, como en otros días,
Se agitan presurosos,
Esperando escuchar tu dulce canto,
Para caer en sueños vagarosos
De ventura y encanto.
Espléndido el proscenio
Ante tí se levanta
Cual pedestal soberbio de tu genio,
El aplauso te aguarda: canta! canta! . . .
Mas tu cabeza inerte
No se alza de la fúnebre almohada,
Que la imperfecta música creada
No llega á las regiones de la muerte!

¡Y nace poco cantaste
Sublime y moribundo!
Es que al bajar á tu sepulcro, alzaste
De tiernísimo adiós, un himno al mundo.
La tumba que terror tan sólo inspira,
En tí produjo célico delirio,
Y cantando expresaste tu martirio,
Como muere Ruy Blas y Edgardo espira!

A MI HIJA BLANCA

Hija, yo amo la blancura;
Cuando la contemplo, siento
Solaz en el pensamiento
Y en la pupila dulzura.

Es color de hermosa lumbre
Que hacia la cima se exhala,
Ya del querub en el ala,
Ya en la nieve de la cumbre.

Mi espíritu á cuanto brilla,
A toda luz, á toda alba,
Le hace con sus cantos salva,
Como la alegre avecilla.

Hija, adoro la pureza,
Que es de las almas albor,
Porque soy un soñador
Que sueña casta belleza.

Arrebatan mi cariño
Y deslumbran mi conciencia,
De la virgen la inocencia
Y la sencillez del niño.

La mujer halago santo
Para reinar necesita,
Pues todo PUREZA grita
En su tierno y dulce encanto.

Cual ella no hay en la altura
Ni abajo, cosa creada,
Que más espante, manchada,
Ni que más captive, pura.

Para ser siempre querida,
Has de ser en todo instante,
Como la musa del Dante,
Bella, de blanco vestida.

Mi sed de belleza pura
De mi corazón arranca;
Por eso te llamas Blanca,
Por mi amor á la blancura.

AYER Y HOY

¡Me sofoca el ambiente que respiro!
En todo lo que miro
Hallo mustia la flor de la belleza;
Sobre el mundo mortal, antes luciente,
Echó la edad presente
Una mortaja de glacial tristeza.

Brilla sobre las aras la materia,
Nuestra altiva miseria
Sumisa al pie de sus altares vaga;
Reina de lo tangible el embeleso,
Y el vapor del progreso
Los ideales de la mente apaga.

Atruenan de las fábricas el ruido,
Do quier se oye el sonido
Del hierro esclavo, de incansable celo;

Y el humo de la obscura chimenea
Que en el espacio ondea,
No deja ver el esplendor del cielo.

Se abre paso triunfal por las entrañas
De las duras montañas
El tren envuelto en resonante vaho;
Los istmos con estrépito se hunden,
Los mares se confunden
Y se acorta el camino de la nao.

Son las villas países populosos,
Y ríos procelosos
Sus calles de corriente enfurecida;
Y entre el loco tumulto y vocerío
Del inmenso gentío,
Es en su seno un vértigo la vida.

De lujo y esplendor vistosos mares
Son los anchos bazares
Donde el clamor de la ciudad arrecia,
Y cautiva la mente aquel halago
Que no soñó Cartago,
Ni Tiro, ni Corinto, ni Venecia.

Es el sueño del mundo el Vellocino,
De Cólquide el camino
Emprenden otra vez las argonautas,
Y en lid abierta y piélagos rugiente,
Con el remo potente
Hunden el cráneo á los caídos nautas.

Lo sensible á la mente señorea,
De lo estrecho la idea
Revela en todo el existir del día,
Ya se llame al pensar positivismo,
En el obrar nihilismo
Y realismo en novela y poesía.

Se van los dioses y se vuelca el ara!
La muchedumbre ignara
Su propia apoteosis solicita;
El mundo ensueños de exterminio arrulla,
La humanidad aulla
Y estalla con fragor la dinamita.

Crece la obscuridad y arrecia el frío.
En el pecho vacío
Con lentitud el corazón se mueve,
Y en la conciencia lóbrega y malsana,
Tirita el alma humana
Cual huérfano desnudo entre la nieve.

Es que el mundo que á ciegas adelanta,
Con soberbia que espanta
Mató del ideal la refulgencia,
Y se trocaron, sin su rayo puro,
El cielo en antro obscuro
Y en lid feroz y baja la existencia.

Mas ah! que no fué siempre tan mezquino
El humano destino,
Ni siempre la ilusión gimió abatida!

Un tiempo fué, poético y risueño,
 En que reinó el ensueño
 Sobre el haz de la tierra ennoblecida!

De la historia en el cómputo severo,
 Es de luz un reguero
 Toda la duración de ese pasado;
 Entónces el espíritu fecundo
 Fué oráculo del mundo
 Y rey por las naciones aclamado.

Entónces de los hombres en el seno,
 De nobles ansias lleno,
 Un entusiasta corazón latía,
 Y el paladín de irresistible embate
 Al campo del combate
 Por su Dios y su dama descendía.

Luchando de su fé por las conquistas,
 Arquitectos y artistas
 Formaron bella y vagabunda tropa,
 Y sembrando castillos señoriales
 Y templos ojivales
 Recorrieron el Norte de la Europa.

Himno que asciende á la región etérea,
 Surgió la aguja aérea
 Del seno de la tierra funeraria,
 Y cubierta de encaje de granito,
 Se elevó al infinito
 La ojiva catedral como plegaria.

En rica lengua y con laud sonoro,
 De su canto e tesoro
 Soltaba el trovador ante el castillo,
 Y al oírle la bella castellana,
 Saliendo á la ventana,
 Soñaba amores de la luna al brillo.

La humanidad entónces exaltada
 Por la voz inspirada
 De un ermitaño de piedad divina,
 Dejó lares, riquezas y sosiego,
 Y ardiendo en santo fuego
 Se lanzó á conquistar la Palestina.

Cruzó tierras inmensas reverente
 Bajo un sol inclemente
 Combatiendo sin tregua, hierro en mano,
 Hasta que, al cabo de luchar gigante,
 Llegó á Salem triunfante
 Y en Sión enarboló el pendón cristiano.

Aquella tropa invicta y aguerrida
 Y de hierro vestida,
 De la sublime fé bajo el encanto,
 Por Godofredo, el héroe, encabezada,
 Fué á deponer la espada
 Del Salvador en el Sepulcro Santo.

¡Qué infinito esplendor! ¡cuánta grandeza!
 ¡Qué inefable belleza
 No superables ya desde aquel día!

¡Luchar, sufrir, vencer, caer de hinojos
Por místicos despojos
Convirtiendo la historia en poesía!

Esa es la vida, armónica y hermosa,
No la lid tormentosa
En que hoy luchamos por mezquinas palmas:
Hoy corre de lo físico el reinado,
Mientras ese pasado
Fué el poético reino de las almas.

En ese noble tiempo haber vivido
Muy bello hubiera sido
Para seguir el popular empeño,
Y partir de la vida los ardores
Entre Dios, lid y amores,
Como habitando el mundo del ensueño.

¡Cuán artístico y grande haber tomado
El manto del cruzado
Y, tras proezas de eternal memoria,
Haber librado con la invicta espada,
La Sión suspirada,
Tierra de la piedad y de la gloria!

¡Y por siempre dormir, el ruido extinto,
Del templo en el recinto,
Y de la nave ojiva en los arcanos,
Cual absorto en hermoso y dulce anhelo,
Con la faz vuelta al cielo
Y la cruz de la espada entre las manos!

UN HEROE

POEMA